

Fernando Sánchez Dragó, escritor

«Escribo porque es mi vida; mi forma de respirar. Si no escribo, me muero»

EN la casa-templo que conserva en Madrid, añorando la paz de la sierra soriana, donde ha fijado su domicilio, Fernando Sánchez Dragó prepara la segunda entrega de sus memorias. Actividad febril, casi monacal, de alguien que ha buceado en 35.000 libros, que interrumpe rara vez, para intentar razonar con quien le pregunta. Entre otras cosas, el éxito en 1978 de *Gárgoris y Habidis*, su obra más universal, precursora de los *best-seller* en España. La que le catapultó al estrellato del que abjura y que, cuatro décadas más tarde, sigue anotándose ediciones.

JUAN ANTONIO LLORENTE

✉ jaelle@aprensamadrid.com

–**Con *Gárgoris y Habidis* saltó a la fama. ¿Antes de esa obra, quién era?**

–Exactamente el mismo niño que había nacido cuarenta años atrás; el que sigo siendo y seré hasta morir. Nadie cambia. El carácter es el destino, lo decía Heráclito. El éxito y la fama son simples anécdotas. Por lo general, desagradables. Habrá toreros, futbolistas o cantantes a quienes les guste, pero creo que a un escritor no. La fama es un accidente. Una especie de cáncer. Lo peor que le puede pasar a alguien como yo, cuyo ideal es el de Epicuro: vivir oculto. A partir de *Gárgoris y Habidis*, me descarrié. Si estuviera en mis manos, porque se me apareciera Mefistófeles, de volver al instante previo a la aparición del libro, no lo publicaría.

–**No obstante, en 1967 había publicado *España Viva*.**

–Aquello era un trabajo de encargo, que firmé con el pseudónimo de Ramiro Delso: una guía que, más o menos, tiene un toque personal, como todo lo que hago.

–**¿Cuántas ediciones se anota *Gárgoris*?**

–Ha salido hace unos meses la septuagésimocuarta. Ahora hay una de Planeta, que a su vez va ya por la quinta o la sexta, y que podríamos llamar definitiva, después de añadirle un largo prólogo de casi 100 páginas titulado *La mágica historia de la historia Mágica*. Es un libro ya de lento goteo, por supuesto, pero el único que ha permanecido en las librerías españolas desde 1978 hasta el día de la fecha; un fenómeno completamente insólito. No hay ningún otro al que le haya pasado eso, y se va reeditando cada cierto tiempo.

–**Se le podría ver como el inventor del *best-seller* en España...**

–Inventor a mi pesar, porque jamás me ha importado ser leído, y mucho menos vender. Escribo porque es mi vida; mi forma de respirar. Si no escribo, me muero. Desde la infancia vivo en una permanente realidad literaria. La primera parte de mis memorias, *Ese sol de la infancia. Memorias de un niño raro*, empieza cuando, con tres años, una señora viene de visita a casa. Al preguntarme qué voy a ser de mayor, le digo que escritor. Desde entonces, todo lo que he hecho en la vida ha sido para poder serlo; para escribir. Sin pensar que la literatura pudiera hacerme famoso ni convertirse en un medio de vida, porque nunca lo busqué. A nadie le amarga un dulce, y si cumples con una tarea y eso te rinde un fruto económico o de cualquier otro tipo, bien está. Pero no lo hago para eso. Tampoco tengo ínfulas pedagógicas ni de cambiar nada, de no ser lo único que creo está sometido a cambio en la sociedad humana, que es el individuo. Si en estos momentos no necesitara ganar algo de dinero para mantener el entorno familiar, no publicaría ni una línea más. Aplicaría a rajatabla el verso de Machado “brinda poeta un canto de frontera a la muerte, al silencio y al olvido”.

–**Renegaba de la fama. ¿Qué le ha dado más popularidad, la literatura o la televisión?**

–Menos prestigio y menos fama pero más popularidad, la televisión ¡qué duda cabe! De *Gárgoris y Habidis* se han vendido en torno a medio millón de ejemplares. Está por ver cuántas de las personas que lo han comprado lo



han leído... pero suponiendo que todas, incluso dos por ejemplar, estaríamos hablando de un millón, aunque posiblemente no llegue para nada a tantas. En un programa televisivo te ven muchas más. El de la borrachera de Arrabal es el más visto de la televisión española. Ese es un forcejeo que he tenido, porque me exaspera que para mucha gente sea presentador de televisión. Yo no lo soy: soy un escritor que ha hecho mucha televisión, un medio que para mí carece de importancia. La detesto; no la veo nunca y la hago a regañadientes, porque es siempre un disgusto para mí. Mi familia lo sabe: me encierro en mi capilla, me desespero....

—Sin embargo ha dictado miles de conferencias

—Vivo en esa contradicción permanente. Cuando me di cuenta de que con *Gárgoris* y *Habidis* sutilmente había

atravesado la línea roja de la popularidad y todo eso, comprendí que la única forma de ocultarme era la del calamar, con mucha tinta alrededor, poniéndome más caras. Lo he hecho en televisión, en radio, con escándalos por aquí y por allá, con ánimo de esconderme. Yo antes viajaba por viajar, con la idea de conocer sitios y personas. Ahora no: viajo por huir de España, porque vivo atrincherado. Soy una especie de sociópata. Veo una cara conocida y cambio de acera... Todos mis animales totémicos son individuales, huraños, hoscos: el lobo, el lagarto, el gato, el oso, el escarabajo....

«Hay quien necesita viajar para escribir, como es mi caso. Para mí, viaje, vida y literatura son tres sinónimos»





—Como aquel con cuyo nombre le han querido honrar en Namibia.

—Sí, claro. Me siento muy identificado con él. El escarabajo es un animal perfecto: basurero, guerrero, ecológico, carece de veneno, limpia... Al tiempo, tiene antenas —el escritor también debe tenerlas—, es aéreo y es subterráneo. Pone en comunicación el macrocosmos con el microcosmos... es lo que yo he querido ser toda mi vida. Cuando bautizaron aquel ejemplar como *Somaticus sanchezdragoi* dije “¡tate! eso es lo que soy: un escarabajo”.

—Los egipcios, a los que admira, lo adoraban.

—Su escarabajo de oro era en realidad el copete dorado que cubría el obelisco a la entrada de los templos, donde al dar el primer rayo de sol, parecía echarse a volar: de ahí la metáfora del oro.

—¿Viajar es la mejor instrucción?

—No creo que haya mejores ni peores instrucciones. Es fruto del carácter. Grandes filósofos y escritores, nunca viajaron. Incluso maravillosos novelistas de viajes. Julio Verne es el clásico ejemplo que siempre se menciona. Pero también hay quien necesita viajar para escribir, como es mi caso. Para mí, viaje, vida y literatura son tres sinónimos. Quieren decir exactamente lo mismo. El primer manda-

Dónde encontrarle:

De Soria a la India

ESPERANDO la aparición en otoño de la segunda parte de sus memorias, que llevará por título *Galgo corredor. Los años guerreros*, a este plural escritor madrileño podemos encontrarlo, además de en las citas que detalla su página www.sanchezdrago.com, “oficiando” en los Encuentros Eleusinos www.encuentroseleusinos.com, que periódicamente convoca, desde Castilfrío a Benarés. 

miento del decálogo de Hemingway, que me ha acompañado siempre, dice: “mezclate estrechamente con la vida”. Y yo necesito hacerlo. Es mi carácter; mi forma de ser y, por tanto, de escribir. Como sé que vivir y escribir es lo mismo, he necesitado viajar. Cuando veo que ha estallado una guerra, una revolución, que se ha producido un terremoto o un atentado, mi impulso natural —a veces lo puedo hacer y a veces, no— es entrar a la agencia de viajes más cercana e irme allí. Corro siempre hacia el fuego; hacia el peligro. Hay dos grandes arquetipos del ser humano: lo dionisiaco y lo apolíneo. Yo nací dionisiaco, y como sigo siéndolo, me resulta viajar; pisar la calle; mezclarme con la vida.

—Cultura y religión: ¿son lo mismo?



«Uno de los pequeños alfilerazos que te da la vida —quizás hablar de dolor sea excesivo— es comprobar que tu familia no te lee»

—Lo mismo: la matriz de la cultura es la religión. Si no eres un ignorante te das cuenta de que sin religión no tendríamos pintura, ni música, ni literatura, ni textos sagrados. Es verdad que a partir de un determinado momento, cuando el mundo empieza a laicizarse, se van separando las dos cosas, pero claro que la historia de la religión es la historia de la cultura. Desde niño tuve una vocación religiosa muy acendrada. En un episodio de *Estos días azules* cuento que cuando terminé el bachillerato y me llevaron a un pequeño viaje como premio por haber sacado el examen de Estado y esas cosas, al llegar a la Cartuja de Miraflores, viendo la celda de un monje y cómo pasaba sus días, me volví hacia madre y mi padrastro y les dije que eso era lo que yo quería hacer en mi vida. Aunque no lo hice, siempre he tenido una vocación ascética, monacal, espartana: ser un monje de la literatura. Lo que pasa es que soy un monje giróvago. Un monje pecador, que siempre los ha habido. Pero monje.

—¿Cuántas obras ha publicado?

—45. Y 5.000 piezas periodísticas, que también es obra literaria, porque escribo como escritor, no como periodista, aunque también lo soy, qué duda cabe.

—Moviéndose mejor en el ensayo.

—No es verdad, tengo siete novelas.

—Siete, dice, de un total de 45...

—Sí, pero hay también otros seis o siete libros que recogen artículos periodísticos. Por otra parte, diría que todos mis ensayos son narrativos. Que toda mi obra pertenece a un solo género, que es la narrativa. A veces asume la forma de ensayo; otras la de novela, pero siendo narración. Soy un contador de historias.

—El título *Esos días azules*, tan machadiano, unido a la descripción de su obra, resaltando la profusión de metáforas, desembocan en un lenguaje poético. ¿Nunca le ha dado por la poesía?

—Naturalmente que sí. Empecé por ahí como casi todo el mundo y tuve una inmensa actividad poética desde la infancia hasta más o menos los 23 ó 24 años. Ahora me han propuesto publicar un volumen con mi obra poética, que no me parece gran cosa: poemas de juventud con alguna cosilla interesante, y ya está. Estoy intentando rescatar aquí y allá algunos perdidos entre legajos y archivos. Pero en mi trayectoria poética hay algunas anécdotes.

«A partir de ‘Gárgoris y Habidis’ me descarrié. Si estuviera en mis manos volver al instante previo a la aparición del libro, no lo publicaría»



tas curiosas. Por ejemplo: en la Galería de Políticos de Carabanchel, que visité varias veces, gané en dos ocasiones los Juegos Florales que se organizaban en la cárcel.

—¿Residiendo en ella?

—Por supuesto: había que estar dentro para tomar parte. El de 1956 empezaba diciendo lo *que quiero escribir es un grito y no un poema*. Era un trabajo muy juvenil, yo tenía 19 añitos. El de 1958, era mejor: largo, en silvas, en combinaciones de 7 y 11 sílabas. Arrancaba sobre una frase de Marcela en el episodio pastoril de una escena de *El Quijote*, cuando dice *fuego soy apartado y espada puesta lejos*. Era un poema de amor dirigido a la mujer que luego me casó y madre de mi hijo mayor.

—¿Alguno de sus hijos le ha seguido los pasos, reivindicando su labor?

—Uno de los pequeños alfilerazos que te da la vida —quizás hablar de dolor sea excesivo— es comprobar que tu familia no te lee. No solo me pasa a mí; le ocurre a todo el mundo. Una hija, Ajanta, que es escritora, me lee mucho y tengo con ella una relación vivísima. Del resto de mis hijos, Aixa me lee más o menos; el mayor no me lee a mí ni a nadie, porque no lee, y el pequeño, no sé todavía qué hará. Lo que acabo de decir se puede extender a mis hermanos, mis primos y a casi todos los miembros de la familia. Y es curioso, porque al ser mi literatura eminen-

temente autobiográfica, muy a menudo hablo de ellos. Citándolos con nombre y apellido y adornando las historias literariamente, como siempre hago, porque no escribo para hablar mal de nadie. Doy retratos, por supuesto matizados y críticos, pero positivos. Pues a pesar de eso, ni siquiera tienen la curiosidad de leerme.

—¿Cómo se lleva con los premios alguien que reniega de la fama cuando de repente le dan el Planeta?

—No solo el Planeta, del que fui finalista y luego ganador. Me han dado dos veces el Premio Nacional de Literatura; el Fernando Lara por *Muertes Paralelas*; el Espiritualidad Martínez Roca por *El sendero de la mano izquierda*, el Ondas de radio por el programa *El mundo por montera...* Un montón. Pero a mí los premios me parecen una anécdota. Te hacen reina por un día, por un año o por tres meses, que luego pasan, y ya está. Si mi obra perdurase y tuviera lectores en el futuro, nadie se va a acordar de si ganó o no tal o cual premio. Eso no es más que marketing.

—Ese Mefistófeles que mencionaba, que acaba pasando factura al escritor...

—Sí. Aunque en el caso de los premios literarios, la factura más bien se la pasa el escritor al editor (risa). Pero eso es solo marketing. No tiene importancia. Eso es faramalla, simple hojarasca. ●